

Henrique González Casanova

In memoriam

Carlos Monsiváis

En este texto, a medio camino entre el recuento autobiográfico y la reseña periodística, Carlos Monsiváis nos ofrece un entrañable retrato de Henrique González Casanova, universitario ejemplar y una de las figuras clave de la vida cultural del México moderno. “Henrique —dice el autor— confió en la relación entre el desarrollo civilizatorio y la justicia formal, y vio en la UNAM uno de los grandes instrumentos de la civilidad en México”.

La admiración por una figura destacada corresponde siempre a muchos o varios, pero el agradecimiento, así sea comunitario, suele tener un sesgo muy personal. En mi caso, el reconocimiento a Henrique González Casanova combina el aprecio por su actitud con la gratitud, por así decirlo, fundacional. Por él conseguí mi primer trabajo y, de modo complementario, por él ingresé a la atmósfera cultural entonces representada en la Ciudad de México por el décimo piso de la Torre de la Rectoría donde se concentraban dos direcciones, Publicaciones y Difusión Cultural, ésta última dirigida por Jaime García Terrés.

En 1954 las facultades de la UNAM estrenan domicilio en la Ciudad Universitaria; el rector se llama Nabor

Carrillo Flores, y la correspondencia entre la novedad de la arquitectura y el deseo urgente de renovación artística y cultural, no es ni voluntaria ni involuntaria. (Si hay la obligación de ser moderno, aún no se sabe bien a bien cómo serlo.) Henrique y Jaime le imprimen otro sentido, creativo y libre, a tareas hasta entonces más bien erráticas y discontinuas. A Henrique se le asigna la vida editorial de trayectoria tan irregular en la UNAM del centro de la ciudad, sobredeterminada por las tradiciones. (Es curioso: la UNAM, la adelantada del progreso, requiere de CU para eliminar su dependencia del pensamiento conservador). Durante doce años, García Terrés se encarga de Difusión Cultural, la dependencia que sustituye a Extensión Universitaria y es uno de los tres compromisos



© Raúl Estrada Discua

Don Henrique González Casanova en la Torre de Rectoría

básicos de la UNAM. Ambos, Jaime y Henrique, le agregan a la institución la modernidad cultural aún hoy vigente en lo básico, no obstante las transformaciones que generan los cambios de mentalidad, el crecimiento de la educación superior, el aumento presupuestal, los desarrollos de las tendencias intelectuales y el avance tecnológico. No obstante lo anterior, lo propuesto y realizado por González Casanova y García Terrés permanece en muy buena medida, y esto, que habla muy bien de ellos, nada malo declara (a su manera) de la institución.

García Terrés modifica los ritmos y el repertorio de la difusión de autores y tendencias artísticas y literarias y, entre otras empresas impulsa a Radio Universidad, inicia la Casa del Lago, pone al día la *Revista de la Universidad*, patrocina Poesía en Voz Alta (el experimento más renovador del teatro en esa época), funda Voz Viva de México y promueve una red de cine-clubes (a cargo de Manuel González Casanova). En su turno, y entre otros desempeños, Henrique inaugura colecciones en la UNAM (Nuestros Clásicos, Problemas Científicos y Filosóficos), pone en marcha la Imprenta Universitaria, inicia la *Gaceta* de la UNAM (al principio sólo cuatro modestas paginitas), apoya las revistas universitarias de varias facultades y, le concede tiempo y le añade presupuestos teóricos a una obsesión: los vínculos entre el espíritu universitario (entonces tan cercado por las cargas del lirismo automático) y la legislación de la UNAM, que él estudia con empeño y convierte en el tema de su tesis profesional. Por

necesidad del oficio que se adjudicó (el de ciudadano que es funcionario) Henrique es lector avezado de la Constitución de la República y de la Legislación Universitaria y, algo indispensable en quien actúa desde visiones unitarias. El partidario de la cultura jurídica de los no abogados, ve desprenderse del estudio de las leyes el conocimiento de las instituciones, y la posibilidad y la necesidad de renovarlas o reformarlas. “Un código inalterable es una sociedad muerta”, decía.

En lo tocante a los programas extracurriculares (término entonces no usado por nadie), la Ciudad Universitaria de la década de 1950 es el espacio donde todo está por hacerse. Las fórmulas útiles en las antiguas facultades se desvanecen o se hacen trizas en el *campus*. La arquitectura encauza las actitudes y las actitudes explican la razón de ser de la arquitectura. A García Terrés y a González Casanova les importa la Universidad abierta, internacional, crítica, y lo que consiguen es extraordinario. Una observación: son modernos pero ése no es su programa específico sino su actitud.

* * *

Ya es hora de las intromisiones autobiográficas. En 1957 conocí a Henrique en la Facultad de Filosofía en una mesa redonda patrocinada por la Dirección de Publicaciones. (Imprimían las invitaciones y eso, entonces, era un aporte considerable.) El tema era: “México y la Guerra



Juan José Arreola y Rubén Bonifaz Nuño con Enrique .González Casanova

Fría” (o “México y algún tema que quedó pendiente”). Enrique no sólo asistió sino, para mi estupor, se quedó hasta el final, algo que continúa asombrándome. Luego, a las semanas, fui al décimo piso a recoger unos libros de la UNAM para reseñarlos en *El Nacional*. Enrique me reconoció con lo que juzgué “memoria de político” y ahora califico de “memoria sarcástica”. (¡Lo que habré dicho de “México y cualquier otro tema”!) Como de paso, Enrique me preguntó sobre mi salud financiera, y me propuso incorporarme a la *Gaceta* de la UNAM, de ayudante de la editora, la actriz Pina Pellicer. En ese instante el cielo se abrió a mitades simétricas y esa partición de las nubes me impidió confesar lo obvio: de imprenta yo no sabía nada, literalmente. Ese día tuve una experiencia de primera mano de los milagros, con todo y *jogging* bíblico sobre las aguas.

Duré cuatro años en la *Gaceta*, como responsable de llevar los materiales a la Imprenta Universitaria, y revisar las pruebas. La tarea era más bien fácil, notificar los actos culturales en la Facultad de Filosofía, los conciertos en Medicina y las conferencias del orador y jurisconsulto Andrés Serra Rojas en la Facultad de Leyes. (El maestro Serra Rojas concluía sus discursos con la exhortación: “Por Dios, por mi Patria y por mi Dama”, y también argumentaba: “Si tiembla en Leyes se derrumba la Universidad”). En ese tiempo vi con frecuencia a Enrique que me proporcionó consejos memorables

bajo la forma de recomendaciones de lectura. Bibliófilo sistemático y, aún más, escrupuloso, adjetivo hoy ya un tanto distanciado de la lectura, Enrique y su amigo Horacio Labastida, también funcionario de la UNAM, estudiaban con pasión la historia de México y conversaban sobre el tema. (Como no queriendo los delato: nada les producía mayor satisfacción a Horacio y Enrique que los elogios a su limpidez verbal. Querían hablar como si escribieran, corregir sobre la marcha repeticiones, incongruencias, caídas adjetivales, ripios. Enrique, hay que decirlo, era un detective de la concordancia, un corrector de estilo de los diálogos “en vivo”, y lo hacía riéndose y sin pedantería y era curioso ver a una persona tan laica que hacía de la sintaxis su diosa tutelar.)

* * *

Más notas autobiográficas. En 1960 se apersonó en Ciudad Universitaria, a que se le declarase Huésped de Honor, el presidente de Perú, un tal Prado, causante de represiones sangrientas de estudiantes y campesinos. En mi organización, cuyo nombre no delato por no perturbar su sueño histórico, nos encomendaron a Óscar, un amigo, y a mí la entrega al presidente peruano de la carta donde se le expulsaba de la Historia o, dicho con menos patetismo, donde la juventud universitaria lo declaraba persona *non grata*. Me acuerdo de la escena

¿Qué distingue a Henrique González Casanova?

La inteligencia, la memoria puntual, el amor por la tradición liberal y, en primera y última instancia, el sentido del deber, que usó gozosamente...

como si fuera entonces, es decir un tanto borrosamente: en el Museo de Arquitectura hay un acto con discursos hipnóticos sobre la eterna amistad de los pueblos; Óscar y yo nos dirigimos hacia el presidente, lo saludamos con sonrisas implacables, le manifestamos nuestra admiración por Mariátegui (sonrisa presidencial de extrañeza) y por César Vallejo (vacío mental del mandatario). Luego le entregamos la carta y nos retiramos.

El relato se resiste a concluir. El presidente Prado le pasa el recado antihospitalario a su ayudante que lo lee y con un gesto logra que surjan del vacío unos personajes con aureola de separos y tehuacán. A punto de confesar lo que ignoro, temo decepcionar a mis futuros entrevistadores, y organizo unas notas mentales sobre los pueblos hermanos. A Óscar lo rodean, no sé si solícitos, unos ángeles-ropero que lo extraen del convivio. Henrique que observa la escena, me toma del brazo y me conduce a la salida y a su auto. Abandonamos CU y Henrique no hace el menor comentario sobre mi conflicto postepistolar. A mi amigo lo sueltan horas después

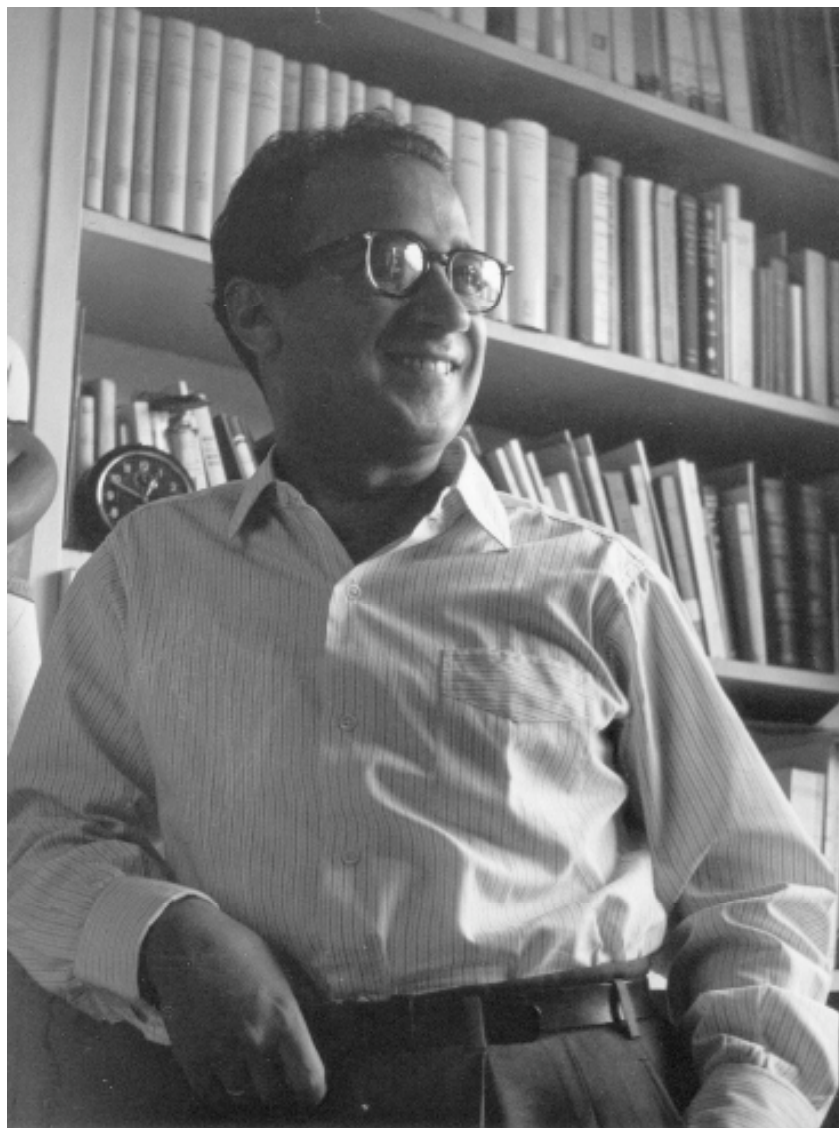
no sin recordarle ásperamente la existencia de la Dirección de Correos. Henrique jamás me comentó su “asilo diplomático”.

* * *

No he insistido lo suficiente en el pensamiento universitario de González Casanova. Enunciado así, este doctrinarismo parece nada más retórica. No lo es. Henrique, formado en atmósferas jurídicas, lo propio de su generación cultural, confió en la relación entre el desarrollo civilizatorio y la justicia formal, y vio en la UNAM uno de los grandes instrumentos de la civilidad en México. Ésta, desde luego, no fue su pasión única. La otra, fundamental, es la literatura, a la que llega por razones de familia (su padre, el lingüista Pablo González Casanova, traductor de relatos indígenas, fue inevitablemente un hombre de letras), y por la relación vivísima con sus compañeros universitarios, los escritores Rubén Bonifaz Nuño, Ricardo Caribay, Jaime García Terrés y, más tarde, Tito Monterroso, y los filósofos Jorge Portilla y Luis



© Eugenia Arenas



Don Henrique en su biblioteca

Villoro. Henrique, siempre al día en entusiasmos y rechazos, fue un editor literario, y allí está la colección a cargo de él y de su hermano Pablo, *Los cuentos del lunes*, relatos breves acompañados de un grabado especial en la portada, y fue responsable por largo tiempo del suplemento *México en la cultura*, en *Novedades* con Fernando Benítez en la dirección.

Por años, trabajé cerca de Henrique en los suplementos culturales y me constan sus virtudes, entre ellas la decisión de leer en serio las colaboraciones. (No tan aplicado,

a Fernando Benítez le divertía su detallismo: “¡Hermano!, eres un genio, pero todavía no aprendes mi secreto. Yo intuyo casi todo lo que me envían”). Muy distinto a Fernando en cuanto a prudencia y control de arrebatos, jamás vi a Henrique pelearse o siquiera discutir con acritud. Lo más a que llegaban eran los comentarios amables. “Fernando, lo que dices no es cierto, pero si lo sigues diciendo lo va a ser”. Y Benítez, clásicamente, le respondía: “Hermano, tú y yo jamás nos vamos a pelear por un asunto tan secundario como la verdad. Ésa se la dejamos a los naguales”.

* * *

Jamás vi enojado a Henrique, aunque sí preocupado ante los brotes de irracionalidad y lo que consideraba “traición al espíritu universitario” o mera frivolidad. Era liberal de izquierda, si esto quiere decir algo, y para él quería decir muchísimo, y de allí su admiración por Vicente Lombardo Toledano, su maestro en los entusiasmos formales, y de allí su ingreso breve en el Partido Popular, y de allí su simpatía por el nacionalismo revolucionario, y su antiimperialismo. Todo con buen humor hasta 1968, cuando sí lo vi francamente pesaroso. Él colaboraba con el Secretario de la Presidencia, Emilio Martínez Manatou, en un plan de divulgación de la cultura jurídica y de informes sobre libros de literatura y sociología, y le importaba ese proyecto, pero el 2 de octubre lo ensombreció. Lo vi dos o tres días después y me comentó: “La barbarie hace de los jueces los apolo-gistas de la barbarie, querido Carlos”. Si la frase no es textual, la intención sí es exacta. Para Henrique, Díaz Ordaz era muchas cosas muy negativas, pero principalmente era la negación del derecho.

¿Qué distingue a Henrique González Casanova? La inteligencia, la memoria puntual, el amor por la tradición liberal y, en primera y última instancia, el sentido del deber, que usó gozosamente, sin prepotencia y con un don de la ubicuidad. ¡Ah! Y lo alborozaban el sentido del humor y la ironía; esa informalidad que contradecía el desfile de sus chalecos hieráticos y que se resolvía en sonrisas o, si estaban allí Rubén y Tito, en carcajadas. 

Jamás vi enojado a Henrique, aunque sí preocupado ante los brotes de irracionalidad y lo que consideraba “traición al espíritu universitario” o mera frivolidad.